

Crónica Dominical [El cinematógrafo]*

El espectáculo de moda en México es el cinematógrafo. Su aparición ha conmovido a la capital, considerando, por supuesto, que la capital se halla comprendida entre el *Bar Room* de Peter Gay en la calle de Plateros y el Palacio Escandón en la calle de San Francisco.

El nuevo aparato ha sido aquí el vencedor del kinetoscopio. Hizo muy bien en retirarse a tiempo la Exposición Imperial. Por lo pronto no hay ojos sino para el cinematógrafo. Hablaré un instante de él, ya que es preciso. Desde luego, tiene sobre sus rivales una buena ventaja: no es preciso ponerse en acecho, detrás de un lente, en postura incómoda, para sorprender lo que hay más allá del cristal vivamente iluminado; no hay necesidad de colocarse pupilas postizas para ver el mundo de lo maravilloso.

El flamante invento está muy lejos de ser el anteojo de Hans Schnaps, aquel del cuentecillo alsaciano, especie de telescopio de la felicidad, y que hacía contemplar a quien le aplicaba la vista, todos sus sueños realizados, todas sus esperanzas cumplidas, todas sus aspiraciones satisfechas, su dicha, en fin, tal como la imaginación la había tejido, enhebrando las cosas reales con el hilo de oro de la locura.

El kinetoscopio y la Exposición sí se asemejan al anteojo de Hans: es necesario ponerle espejuelos a la fantasía para

* Luis G. Urbina, "Crónica Dominical" [El cinematógrafo], *El Universal*, 2ª época, t. XIII, núm. 967 (23 de agosto de 1896): 1.

que mire. Está cerrada la puerta del encanto, pero la fantasía, chiquilla traviesa, se pone de puntillas para ver por el ojo de la cerradura. ¡Qué bien que se divierte!

Allá dentro está China, con sus casas de torres extrañas, que parecen *abat jours* superpuestos y que, en el cristal azul mate del horizonte, fingen una selva de pinos exóticos. Allá está el templo de Buda, con sus bonzos panzudos y melancólicos en el pórtico. Allá está el Egipto con sus llanuras de tierra seca y amarilla y un cielo ardiente, recortado en la lejanía por el abanico de una palmera, o la punta de una pirámide o el caprichoso zigzag de la cordillera líbica. Allá están los viejos países, las catedrales góticas erizadas de agujas; los bosques, húmedos y oscuros, con sus intrincadas galerías y sus naves de ramaje por donde la luz no penetra nunca; los lagos italianos, pulidos y espejeantes, con brillazones y azulejos de acero pavoneado; allá están los muros de encaje de la Alhambra, las ruinas del Coliseo, los castillos normandos, las mezquitas turcas, los patios andaluces. Y la fantasía hace el rápido viaje, un viaje lleno de peripecias y aventuras, hacia las Venecias de las ilusiones y los Estambules de los anhelos, como dijo el poeta...

Mas por traviesa y muy vivaracha que sea la fantasía, no alcanza a dar existencia completa a sus visiones, porque a todas les falta el signo característico de la vida: el movimiento. No vuelan las palomas de la Plaza de San Marcos ni bulle el agua en la fuente monumental de Viena ni

llega a atravesar la góndola el Puente de los Suspiros. Las calles están henchidas de una multitud inmóvil, las procesiones se han detenido, los rostros nos ven cariñosamente, como ven los que van a retratarse a la cámara del fotógrafo. El mar no balancea los buques en el canal de Kiel ni el aire sacude la oriflama, no se oye un grito, se vuelve una cabeza, no se agita mano. Todo lo que se mira es verdadero y exacto y hermoso: sólo que está muerto, es un instante detenido y petrificado. La cámara oscura lo arrebató al tiempo y al espacio, y lo estampó para siempre en una delgada placa de cristal.

La cámara oscura hizo con una fiesta, con un desfile, con una muchedumbre, lo que el naturalista hace con las mariposas: sale al campo, las caza, las atraviesa con un alfiler y con las alas abiertas las prende en los cartones de su colección. Bien viaja en la Exposición Imperial, la niña curiosa, pero necesita hacer evocaciones, fingir lances, retrotraer memorias para animar su excursión. Cuadran a veces este silencio y esta inmovilidad con los lugares que visita: es preciso evitar mundo y meditar en el cementerio de Pisa, en las catacumbas de Roma y la calle de los Sepulcros en Pompeya; mas en una plaza de París, en una fábrica de Chicago, en un paseo de Londres quisiera la fantasía, la muchacha exigente y visionaria, escuchar un poco de ruido y ver otro poco de movimiento.

Y por eso es que corre al kinetoscopio y se asoma por los lentes del aparato, que parecen dos ojos fulgurantes, y toma las trompetillas del fonógrafo y ve y oye, y sueña a su sabor y se regocija.

Dentro de la caja de madera sí está la vida rápida, eléctrica, que brilla y se apaga en un instante, que pasa ante la mirada como un bólido por el cielo. Se escucha una extraña música de banjos, y al mismo tiempo aparece en un fondo negro como el de las magias de un prestidigitador, una mujer del Oriente, una bayadera que baila, que se agita, que gira en vértigo, golpea el suelo con el pie y levanta un rumor, mueve las caderas en frenéticos arrebatos y se oye crujir la tela de su traje, abre los labios y se percibe su suspiro; algunas voces remotas acompañan la danza extravagante, cantando melancólicamente. Unos cuantos segundos dura la aparición. Y de nuevo se asoma la insaciable visionaria para ver y oír el *vals de la Serpentina*, o el *bolero de la Sevillana*, o un episodio en las fraguas de una herrería, o una revista militar, con ejércitos que marchan acompasadamente y bandas que atruenan el viento.

A pesar de su violencia, cualquiera escena impresiona y divierte. Sin embargo, aún pides más, más, como en la famosa *Dolora*, fantasía insaciable y discontentadiza. Más, porque la existencia que te simula el kinetoscopio es falsa, como prestada. Como de imitación, no ves seres, como creías, sino muñecos que van y vienen, te saludan, bailan, hacen

contorsiones y dan saltos, como las *marionettes* en un teatro de niños. Aquellos cuadros están tomados de la realidad, han sido, así debió de ser la *Danza del vientre*; así se envuelve, en su ropaje de *fuelle maravillosa*, la *Serpentina*; pero las figuras son pequeñas, se desvanecen, por átomos de segundo, en el espacio, para volver a surgir del fondo opaco, y pierden, por lo mismo, su apariencia humana. Falta algo, algo para dejar contenta a la ilusa... ¿Qué falta, Dios mío? En el kinetoscopio, los seres adquieren el alma, pero parece que la perdieron las cosas; la naturaleza recobró sus ruidos, pero perdió su claridad; la sensación es trunca, porque la vida está incompleta. ¿Qué falta, Dios mío, que falta?

Y la fantasía, cansada de buscar, entró al salón del barón Bernard y se puso a ver el cinematógrafo. Como dije al principio, en la nueva diversión de óptica no hay necesidad de ponerse los anteojos de Hans. Basta entrar y sentarse con toda comodidad frente al blanco cuadrilátero que se abre en el extremo de la sala. Esperar, se espera un minuto, el indispensable para que la curiosidad se despierte; tiene ella el sueño más ligero, y es amiga y perseguidora de novedades y moda.

A poco se apagan bruscamente los cocuyos eléctricos que, retorcidos, fulguraban dentro de su voluta de vidrio, y en el cuadro de albura uniforme y limpia, como una página en blanco, se presenta de improviso una lámina, un fotograbado, una ilustración de revista en grande, del tamaño natural y

cuyas dos figuras adquieren, desde luego, un relieve y una vivacidad que no posee el kinetoscopio. Son dos bebés sentados en sendas sillas en un jardín, el uno junto al otro, y que juegan y se arrebatan sus chucherías. El más pequeño, que no cumple un año, se enfurece de que el otro, que apenas le dobla la edad, abuse de su fuerza y le arranque de las manos lo que él consideraba en ese momento como la cosa más preciada: una cuchara. Por una cuchara se entabla el combate, un combate lleno de accidentes y pormenores variadísimos. Vence la fuerza como siempre, y mientras el muchacho de 20 meses ríe a mandíbula batiente de su triunfo, el de 10, sacudido por los sollozos, levanta los puños al cielo en señal de desesperación y socorro. No se le oye llorar a éste ni reír a aquel, pero están tomados los gestos y la mímica con tanta exactitud que el sentimiento de la realidad se apodera del espectador y lo domina por entero. Se encuentra uno frente a frente de un fragmento de vida, clara y sincera, sin *posse*, sin fingimientos, sin artificios.

Los niños retozaban a sus anchas, sin preocuparse en que de lejos había un aparato que retenía sin perder uno, ni el más insignificante ni el más inadvertido ni el más fútil, todos los detalles de sus juegos. Es también muy rápida la fantasmagoría, mas ¡qué verdad, qué precisión, qué gracia! Figuraos que estáis contemplando un lindo grabado y que, desvanecidos por la atención, veis que el dibujo adquiere movimiento, que el fondo se ahonda, que el ambiente se llena

de aire y de claridad y que los personajes toman cuerpo y se mueven a su antojo: con existencia propia, despreocupados del pasaje que estaban representando y de la atención del artista.

¿Habéis notado, señorita, en alguna ocasión, cuando os quedabais mirando fijamente el retrato del amado ausente, cómo poco a poco *él* movía los párpados primero y enseguida alzaba la cabeza y os veía intensamente, y abría los labios para deciros una ternura, y apartaba los brazos y los abría en cruz para abrazaros y salía, por fin, del gabinete de la fotografía y se acercaba, crecía, salía del marco, y ya cerca de vos, con las manos en el corazón, os hablaba de amor y os pedía un beso?

Pues así es el cinematógrafo. Se ve una llanura. Dos oficiales conversan en primer término. Parecen contentos. El que está a caballo se pone a fumar, se despiden. Queda solo el campo... ¿Qué es aquello que parece agitarse en la línea del horizonte? ¡Bah! Serán pinos de la montaña. Pero, fijándose, cualquiera diría que es la montaña que se acerca. ¿Se verificará el milagro bíblico? No, es una bandada de aves o una nube de polvo. El viento suele hacer estas travesuras en los campos desiertos. Y la masa, indecisa y flotante, como un montón de bruma que corriese, impulsada por el norte, a ras del suelo, se aproxima cada vez. De repente la luz hiere la bruma y surge un reflejo, y enseguida se ve brillar una línea de púas de plata, y por fin se descubre un contorno y se

adivinan, entre la polvareda, las corazas, los cascos, las espadas y las inquietas cabezas de los caballos. ¡Ah!, es un batallón de coraceros que, a galope tendido, se adelanta por la llanura empapada de sol. Viene a nosotros, se acerca, distinguimos los uniformes, los cuerpos, los guantes, las bridas, las crines de los corceles y cuando creemos que vamos a ser arrebatados en la bélica carrera de aquel ejército triunfante, torna de un golpe la claridad para salvarnos de la catástrofe.

Cuando vuelven a dormirse los cocuyos eléctricos es para que el cinematógrafo nos conduzca a una estación a recibir a los amigos que llegan, o a admirar la destreza de unos obreros que derrumban un muro, o a divertirnos con las travesuras que un rapaz hace a un inocente jardinero.

A este nuevo aparato que trata, como sus rivales, de entretenernos con la reproducción de la vida, le falta algo también: le falta el color; quizá, con el tiempo, adquiera el sonido. En su mano está adquirirlo. Puede trabar amistad con el fonógrafo y pedirle auxilio.

La fantasía, la curiosa soñadora, cuando vuelve de su asombro le da las gracias a la ciencia, a la calumniada, a la que dice Spencer que es la Cenicienta. ¡Y hay todavía quien asegure que la ciencia es árida!

No queda, después del espectáculo de moda, un asunto con que terminar esta revista. Como nota agradable, merece citarse únicamente la Gilda del *Rigoletto*, presentada dos

noches de la semana en el Circo Orrin. La Fons cantó deliciosamente el *caro nome*. Este suspiro hecho aria nos recompensó un tanto del resto de la obra. Se presentó en la ópera popular la señora Palacco Drog. Es sensible que nada tenga que decirle. No me cautivó su Magdalena. Si por desgracia fuese yo tenor y me hubieran obligado a cantar el duque de Mantua, me hubiese cuidado bien de enamorarla. He aquí por qué merece Sotorra un aplauso: por su resignación. Aunque, quién sabe, puede que a la vez merezca censura por su gusto un poco extravagante.

Luis G. Urbina